

á Abraham, á vista de los hijos de Heth y de todos los que entraban por la puerta de la ciudad.

Y de esta manera sepultó Abraham á Sara su esposa en la cueva doble del campo, en frente de Mambré, en donde está la ciudad de Hebrón, en la tierra de Canaán.

¿Quién no respira en toda esta narración como un perfume de urbanidad antigua? Nada hay tan bello en los autores profanos. El pueblo está reunido á la puerta de la ciudad; allí es donde se administra justicia, allí se tratan los negocios. De aquí que en el estilo oriental la Puerta sea sinónimo de corte. Allí se ve aparecer el jefe de una tribu nómada; hace algún tiempo que derrotó á cuatro reyes y dió libertad á todo un pueblo; tiene por aliados otros reyes. Sin embargo, pide alguna cosa. ¿Cuál será? ¡La posesión de un sepulcro! «No soy, dice, más que un extranjero, un advenedizo.» «Eres para nosotros, respondió todo el pueblo, un príncipe divino. Escoge el sepulcro que te plazca, ninguno te rehusará el suyo.» Abraham se inclina profundamente, y ruega á la asamblea que obtenga de uno de los principales habitantes la venta de una cueva. Al punto se entabla un combate de generosidad. El propietario le cede, no sólo la cueva, sino el campo donde está situada. Estrechado por Abraham, apenas se resigna á decirle el valor. ¿Quién nos concederá volver á ver estas costumbres patriarcales?

En el mismo sitio que Sara fué sepultado Abraham, lo mismo que Isaac y Rebeca, Jacob y Lía. Aquí se trasladó José desde Egipto con todos los ancianos de la casa de Faraón, con carros, caballería y mucha gente, para sepultar á su padre en la caverna de Hebrón, conforme su voluntad. Jacob antes de espirar dió á sus hijos este mandamiento: «Yo voy á reunirme con mis antepasados, enterradme con mis padres en la cueva doble, que está situada en el campo de Efrón Hetheo, en frente de Mambré, en la tierra de Canaán; la cual compró Abraham con el campo de Efrón Etheo, para tener allí su sepultura.»

San Gerónimo traduce *Cariath-Arbe*, Hebrón, por ciudad de los cuatro, esto es, de los cuatro patriarcas Adán, Abraham, Isaac y Jacob.

A Hebrón llegaron y de allí salieron, asustados por la extraordinaria estatura de sus habitantes, llamados enacitas ó hijos de Enac, hijo de Arbe, los doce hombres que envió Moisés desde el desierto de Farán para reconocer la tierra de Canaán, de cual hecho hémonos ocupado en el capítulo anterior. Josué se apoderó primero de Hebrón, que fué señalada á Caleb, quien la reconquistó auxiliado por Othoniel.

Habiendo realizado Josué la conquista de la tierra de Canaán en su mayor parte, díjole el Señor: «Tú eres ya viejo y avanzado en edad, y

faltan todavía muchas tierras que conquistar, á saber, el país de los filisteos, dividido en cinco principados: Gaza, Azot, Ascalón, Geth y Accarón; la Fenicia, comprendiendo en ella á Sidón; las regiones del Líbano, desde Balgaad, debajo del monte Hermón, hasta la entrada de Emath ó de Emesa.» Dios promete expulsar á estos pueblos más tarde. Si no lo hizo entonces, es porque los hijos de Israel no eran todavía bastante numerosos para ocupar todos estos países; es porque quería que sus descendientes se ejercitasen igualmente en la guerra; era, en fin, para experimentar si eran fieles en ejecutar las órdenes que había dado á sus padres por medio de Moisés. Así es como la Escritura se explica en otra parte. Dios mandó, pues, á Josué repartir estas tierras con las demás ya conquistadas.

Esta repartición no se refería más que á nueve tribus y á la mitad de una. Las tribus de Rubén, de Gad y la mitad de la de Manassés tenían ya la parte al otro lado del Jordán; Rubén, el grueso del reino de Hesebón, separado del país de Canaán por el Jordán, al Occidente; del país de los madianitas, por las montañas, al Oriente; del país de los moabitas, por el torrente de Armón, al Mediodía; y confinando al Norte con la tribu de Gad. En esta partición de Rubén se encontraba Abarim, desde cuya cima, como hemos dicho, Moisés contempló la tierra prometida antes de morir, y el valle de Moab, en donde fué sepultado. Gad tenía el resto del reino de Hesebón, con la mitad del país de Galaad, y se extendía por un lado á lo largo del Jordán hasta el mar de Genesareth, mientras por el otro confinaba con el país de los ammonitas, del cual estaba separado por el torrente de Jacob. El nombre de Galaad, ó Montón del Testimonio, fué dado á todo este país montañoso, porque en él se encontraba el montón de piedras que Jacob y Labán levantaron para testimonio, delante del Señor, de la alianza que acababan de contratar los dos.

Allí estaban también Nahanaim, ó el *Campo*, porque Jacob, á su vuelta de Mesopotamia, volvió á encontrar allí el campo de Dios, es decir, sus ángeles; Faunel ó *cara de Dios*, porque este patriarca vió allí á Dios cara á cara en aquella misteriosa lucha, de donde le vino el nombre de Israel, ó *fuerte contra Dios*. Cerca de este lugar le salió al encuentro su hermano Esaú y se abrazaron llorando. La mitad de la tribu de Manassés tenía el resto del país de Galaad, con todo el reino de Basán. Desde la parte meridional del lago Genesareth se extendía, al Occidente y al Norte, hasta más allá de las fuentes del Jordán, en las montañas de Hermón ó del Líbano; al Oriente, tocaba con la tierra de los ammonitas y con la Arabia. Todos estos países eran extremada-



mente fértiles en pastos; sólo el nombre de Basán lo indica, porque significa Craso. Así por esto Moisés habla en su cántico de los carneros de Basán, y Salomón, en su Cantar de los Cantares, pondera la belleza de los ganados de Galaad. En esta tribu, sobre las orillas del mar de Genesareth ó de Tiberíades, estaban la ciudad ó la región de los geresaneos, en donde Cristo sanó á dos posesos y permitió á los espíritus impuros que los habían atormentado situarse en un rebaño de cerdos; Corosaim, en donde hizo igualmente muchos milagros; más lejos, en las montañas de Galaad, la ciudad de Pella, á donde los cristianos se retiraron, durante el sitio de Jerusalén por Tito.

En cuanto á las tribus restantes, el gran sacerdote Eleazar, Josué, hijo de Nun, y los principales de las familias de Israel se reunieron en Gálgala para repartirles la tierra de Canaán.

Entonces los hijos de Judá se presentaron á Josué, y Caleb, hijo de Jenofé Celeceo, le habló: «Tú sabes lo que el Señor dijo acerca de mí y de ti á Moisés, siervo del Señor, desde Cades-Barne. Cuarenta años tenía yo cuando me envió Moisés, siervo del Señor, desde Cades-Barne á reconocer la tierra, y le referí lo que me parecía verdad. Mas mis hermanos, que habían subido conmigo, hicieron desmayar el corazón del pueblo; con todo eso yo seguí al Señor Dios mío. Y juró Moisés en aquel día, diciendo: La tierra que holló tu pie será tu posesión y la de tus hijos perpetuamente; por cuanto has seguido al Señor fielmente. El Eterno me ha concedido vida hasta el día presente, como me lo prometió entonces. Cuarenta y cinco años há que el Señor dijo esta palabra á Moisés, cuando andaba Israel por el desierto. Hoy tengo ochenta y cinco años, con tan robusta salud, como la que tenía en aquel tiempo cuando fui enviado para reconocer esta tierra; el vigor de aquella edad se conserva en mí hasta hoy, tanto para combatir como para andar. Dame, pues, este monte que me prometió el Señor, oyéndolo también tú, en el que están los enaceos, y hay ciudades grandes y fuertes; espero que el Señor estará conmigo, y podré exterminarlos como me lo prometió.» Josué bendijo entonces á Caleb, deseándole un feliz éxito, y le dió á Hebrón por herencia.

Los gigantes de la raza de Enaco, ó sea los enaceos, exterminados muchos de ellos por Josué y los tres más valientes entre ellos Sesai, Alismán y Tholmai arrojados de Hebrón, donde se refugiaron, por Caleb, no son los únicos de quienes habla la Escritura; ya en tiempo de Abraham nos muestra á Codorlahomor y sus aliados, batiendo los safaimitas á Astaroth-Carnaim, ciudad que cupo en suerte á la tribu de Manassés. Dios promete á este patriarca darle el país de los rafaimitas

Og, rey de Basán, fué el último de esta raza; era tan grande, que muchos años después se enseñaba su lecho de cobre en Rabbath, capital de los ammonitas; este lecho tenía nueve codos de longitud y cuatro de latitud. Los nueve codos equivalen á quince pies cuatro pulgadas y media, de lo cual se desprende que Og era de una talla verdaderamente gigantesca.

Moisés nos habla también de otro pueblo que habitaba al Oriente del mar Muerto; llamábase Emin, y habiendo entregado Dios su país á los moabitas los emines fueron deshechos y exterminados. He aquí todavía un pueblo entero de gigantes que habían sido exterminados antes de los tiempos de Moisés, su recuerdo estaba aún reciente, puesto que Moab, padre de los moabitas, nació trescientos veinticinco años antes que Moisés; y antes que los moabitas estuviesen en estado de emprender la guerra contra los emines, fué necesario que transcurriesen por lo menos ciento cincuenta ó doscientos años. Los ammonitas, hermanos de los moabitas, acometieron según parece hacia la misma época á otra raza de gigantes llamados Zuzimes ó Zomzomimes; eran fuertes y numerosos, y de una estatura igual á la de los hijos de Enaco; su país pasaba por un país de gigantes ó de rafaimitas. Así pues, había tres razas de gigantes al otro lado del Jordán; los rafaimitas, al Norte; los emines, al Mediodía, y los zomzomimes, entre unos y otros. Había también rafaimitas del lado de acá del Jordán. Distínguese dos razas: los unos eran hijos de Enaco, ó enacimes; cuyo asiento principal era Hebrón y sus cercanías; los otros llamados simplemente rafaimitas, ó hijos de Rafa, habitaban en la ciudad de Geth; Goliath era de este número. En fin, Dios dijo por boca del profeta Amós, hablando de la conquista del país de Canaán, realizada por los hebreos: «He exterminado delante de ellos al Amorrheo, cuya altura era la de los cedros, y fuerte como las encinas.» He aquí pues, muchas razas de monstruosa estatura y de un carácter sin duda igual á su talla.

En las antiguas tradiciones de Grecia y Roma, anteriores á los tiempos históricos, se ve aparecer igualmente una raza extraordinaria, los pelasgos; raza también proscrita y perseguida en todo el mundo, ya por los hebreos, ya por los bárbaros. Muchos siglos antes de nuestra era los pelasgos dominaban todos los países situados sobre el Mediterráneo, desde la Etruria hasta el Bósforo. En la Arcadia, la Argólida, y el Atica, en la Etruria y el Latium, y también en España han dejado indestructibles monumentos; estos son muros formados por enormes pedruscos que parecen hacinados por el brazo de los gigantes. Estas obras son



llamadas, por el nombre de una tribu pelásgica, *ciclópeas*. Brutos é informes en el circuito de Tirinto, en las construcciones de la Arcadia, de la Argólida y del país de los hernicas, estos monstruosos peñascos toman la forma cuadrada en las construcciones aparentemente más modernas de las ciudades etruscas. Estas eternas murallas han recibido indiferentemente todas las generaciones en su recinto, ninguna revolución las ha conmovido. Firmes como montañas, parecen sostener con irrisión las construcciones de los romanos y de los godos, que cada día se desploman á sus pies. Sin embargo, esta raza gigantesca, esparcida en tantas regiones, desaparece completamente en la historia, sus diversas tribus, ó perecen, ó se funden con las demás naciones, ó por lo menos pierden sus nombres. No hay ejemplo en la historia de una tan completa ruina. Una inexplicable maldición va unida á este pueblo; todo lo que sus enemigos nos cuentan es nefasto y sangriento. Así es como el historiador Michelet en su *Historia romana*, en el capítulo dedicado al estudio de *Monumentos ciclópeos*, resume las antiguas tradiciones de los pelasgos. Notemos que uno de sus antepasados más famosos de este pueblo extraordinario se llamaba Inaco, nombre que es casi lo mismo que Enac ó Enaco.

Después de haberse apoderado de Hebrón y de haber expulsado á los últimos enacimes, Caleb subió hacia Dabir, que antes se llamaba Cariath-Sefer, ó ciudad de los libros, de los archivos; quizás fuera ésta; como el colegio y la academia en donde se enseñaban las letras entre los cananeos; quizás hubiera también allí antiguos archivos en donde desde los tiempos del diluvio se había acostumbrado á reunir todos los monumentos literarios. Josué se había ya hecho dueño de ella; pero es probable que de su regreso á Gálgala volvieron á entrar en ella los habitantes que la habían abandonado. Caleb dijo entonces: «El que hiera á Cariath-Sefer y la tomare, le daré á Axa, mi hija, por esposa.» Othoniel, hijo de su hermano Cenez, por consiguiente sobrino suyo, la tomó y Caleb le dió á su hija.

La ciudad de Hebrón fué declarada ciudad de refugio.

Habiendo Josué concluído de hacer la división de las tierras, dando á cada tribu la parte que le había cabido en suerte, los hijos de Israel le dieron por herencia entre ellos, según lo que el Eterno había dispuesto, la ciudad que el les pidió y que fué Thamnath-Sarah, situada en la montaña de Efraim, y edificó una ciudad, donde el vivió. Así, después de haber conquistado y distribuído su pueblo á treinta y un reinos, él espera á que se le dé una morada ó sitio de residencia; y habiéndole dado á escoger, eligió sobre la montaña de Efraim, que estaba ya desmontada,

una ciudad que iba á edificar. El es el único conquistador de su especie. Su ciudad se llamó más tarde Thamnath-Herés, ó imagen del Sol, quizás, según se cree, en memoria del milagro por el cual se detuvo aquel astro.

Después de esto el Señor dijo á Josué: «Habla á los hijos de Israel y diles: Separad las ciudades de los fugitivos, de las cuales os hablé por medio de Moisés, para que se refugie en ellas todo el que matare sin querer, y pueda ponerse á cubierto de la ira del más cercano, que es vengador de su sangre; luego que se refugiare á una de estas ciudades se presentará en la puerta de la ciudad, y expondrá á los ancianos de aquella ciudad todo lo que pueda comprobar su inocencia, y así le recibirán y darán lugar para evitar. Y si el que quiere vengar la muerte le viniese persiguiendo, no le pondrán en sus manos, por cuanto sin saber quitó la vida á su prójimo, ni hay pruebas de que dos ó tres días antes fuese su enemigo. Y habitará en aquella ciudad, hasta que comparezca á juicio para dar cuenta de lo que ha hecho, y hasta que uniera el sumo sacerdote que fuere en aquel tiempo; entonces volverá el homicida y entrará en la ciudad y en su casa, de donde había huído.» Y señalaron á Cedes en la Galilea sobre el monte Neftali, y á Sidiem en el monte Efraim, y Cariath-Arbé, que es Hebrón, en el monte de Judá. Y de la otra parte del Jordán hacia el Oriente de Jericó, destinaron á Bosor, que está situada en la llanura del desierto de la tribu de Rubén, y á Pamoth en Galaad, de la tribu de Gad, y á Gaulón en Basán de la tribu de Manassés. Estas ciudades fueron señaladas para los hijos de Israel y para los forasteros que habitaban entre ellos para que se acogiese á ellas el que sin querer matase á un hombre, y no muriese en manos del pariente, deseoso de vengar la sangre derramada hasta que comparezca ante el pueblo á tratar su causa.

También fué declarada Hebrón ciudad levítica ó sacerdotal, pues al mismo tiempo llegaron los príncipes de las familias de Leví á Eleazar, sumo sacerdote, y á Josué, hijo de Nun y á los príncipes ó caudillos de las parentelas de cada una de las tribus de Israel y habláronles en Silo de la tierra de Canaán, y dijeron: «El Señor mandó por medio de Moisés que se nos diesen ciudades para habitar, y también terrenos para alimentar nuestras bestias.» Y diéronles los hijos de Israel de sus posesiones, conforme al mandamiento del Señor, ciudades y terrenos. Y salieron por suerte á la familia de Caath, de los hijos de Aarón el sacerdote, trece ciudades en las tribus de Judá y de Simeón y de Benjamín. Y á los otros hijos de Caath que quedaron, esto es, á los levitas, diez ciudades de las tribus de Efraim y de Dán, y de la media tribu de Ma-